

El conflictivo periodo que transcurre entre el final de la Segunda Guerra Púnica y la represión de la rebelión de los pueblos ibéricos del año 197 aC, no parece haber dejado huella arqueológica reconocible entre los asentamientos ibéricos del llano litoral de la Ribera de Cabanes y su orla montañosa. Los escasos materiales recuperados en las prospecciones o las contadas excavaciones realizadas demuestran que los principales asentamientos continúan ocupados con posterioridad a la fase de conquista. Tan sólo un tesoro monetario, el de Oropesa del Mar (Esteve, 2001), formado por dracmas de Emporion e imitaciones ibéricas, con fecha de ocultación próxima a la de otros como los de Moixent o la Plana de Utiel (García-Bellido, 1990), puede datarse en estos años y muestra la inseguridad de la época.

En la zona que se extiende entre Alcossebre y Oropesa del Mar se conocían -antes de los trabajos de prospección y excavación desarrollados por la *Fundació Marina d'Or de la Comunitat Valenciana* con motivo de la puesta en marcha de los proyectos urbanísticos- un total de once yacimientos con materiales que pueden fecharse en el periodo ibérico final. Además del que parece erigirse como el principal asentamiento de la zona, el de Torre la Sal, destacan varios pequeños *oppida* situados en la orla montañosa que ciñe el llano: en el extremo norte, El Tossalet (Alcalà de Xivert); al oeste, Els Pasquals (Torreblanca), y ya entre los contrafuertes montañosos, los del Campello y el castillo de Miravet (Cabanes); de otros asentamientos de parecidas características como el castillo de Albalat (Cabanes) y el de Oropesa del Mar, apenas conocemos materiales que permitan precisar su cronología. Además de estos asentamientos fortificados en altura, se conocían otros de menor entidad como los del Pla de Climent (Cabanes), situado en el extremo oeste del llano, a los pies del Mortorum; El Brosseral (Cabanes), localizado en el sector oeste de este mismo llano; y la Punta de les Llances (Oropesa del Mar), emplazado en el extremo sur del llano, en un antiguo tómbolo sobre la misma costa. También, en relación con algunos de ellos, se conocían hallazgos submarinos en Alcossebre y la playa de Morro de Gos (Oropesa del Mar).

Los trabajos realizados en los últimos años han permitido añadir nuevos yacimientos a este reducido inventario, de manera que tan sólo en los sectores afectados a los tres ya conocidos (Torre la Sal, El Brosseral y el Pla de Climent) se han añadido otros doce: La Pedrera, Pla de Climent II, El Tancat, El Brosseral II, Mas de Bernardino I, Mas de Celades III, Horta II, Mas de Sec II, Costamar, Costa Levante, sector 032 de Torre la Sal y Les Roquetes del Pacre (Cabanes), hasta llegar a un total de quince. De ellos, sólo Torre la Sal, El Tancat, Costamar, Costa Levante y el sector 032 han sido objeto de sondeos o excavaciones en extensión. Éste elevado número de asentamientos, en su mayoría de reducida extensión y situados en el llano, prueba tanto la continuidad en la estructura jerarquizada del poblamiento de esta zona en el periodo ibérico final con posterioridad a la conquista romana, como el desarrollo de un modelo de poblamiento rural diseminado, posiblemente relacionado con la pujanza del asentamiento costero de Torre la Sal, que debió tener su expresión en un importante crecimiento demográfico. Esta eclosión de pequeños asentamientos, que en menor medida debe producirse en todo el llano litoral de la Ribera de Cabanes, se enmarca en la tercera fase de la evolución del poblamiento en el periodo ibero-romano que se extiende entre la fundación de la colonia Valentia y el final de la guerra civil en el 75 aC (Arasa, en prensa). En ella, y posiblemente desde la mitad del siglo II aC, empieza a producirse un cambio significativo en el patrón de asentamiento con la implantación de pequeños núcleos sin estructuras defensivas que ocupan lugares próximos a las tierras de cultivo y las vías de comunicación, a los que no parecen llegar las influencias edilicias romanas. Este tipo de asentamientos, que está bien representado en esta misma zona desde el ibérico antiguo y ahora experimenta un notable desarrollo, parece anticipar el modelo altoimperial que empieza a desarrollarse a partir del reinado de Augusto y se basa en el llamado sistema de villas; de hecho, el emplazamiento y características de los nuevos asentamientos harán posible que algunos de ellos perduren y se transformen en villas. Posiblemente en relación con este proceso se observa el abandono de algunos pequeños *oppida* entre finales del siglo II y principios del I aC, como debió ser el caso de El Tossalet y Els Pasquals, en un lento pero incesante proceso de reubicación del poblamiento rural.

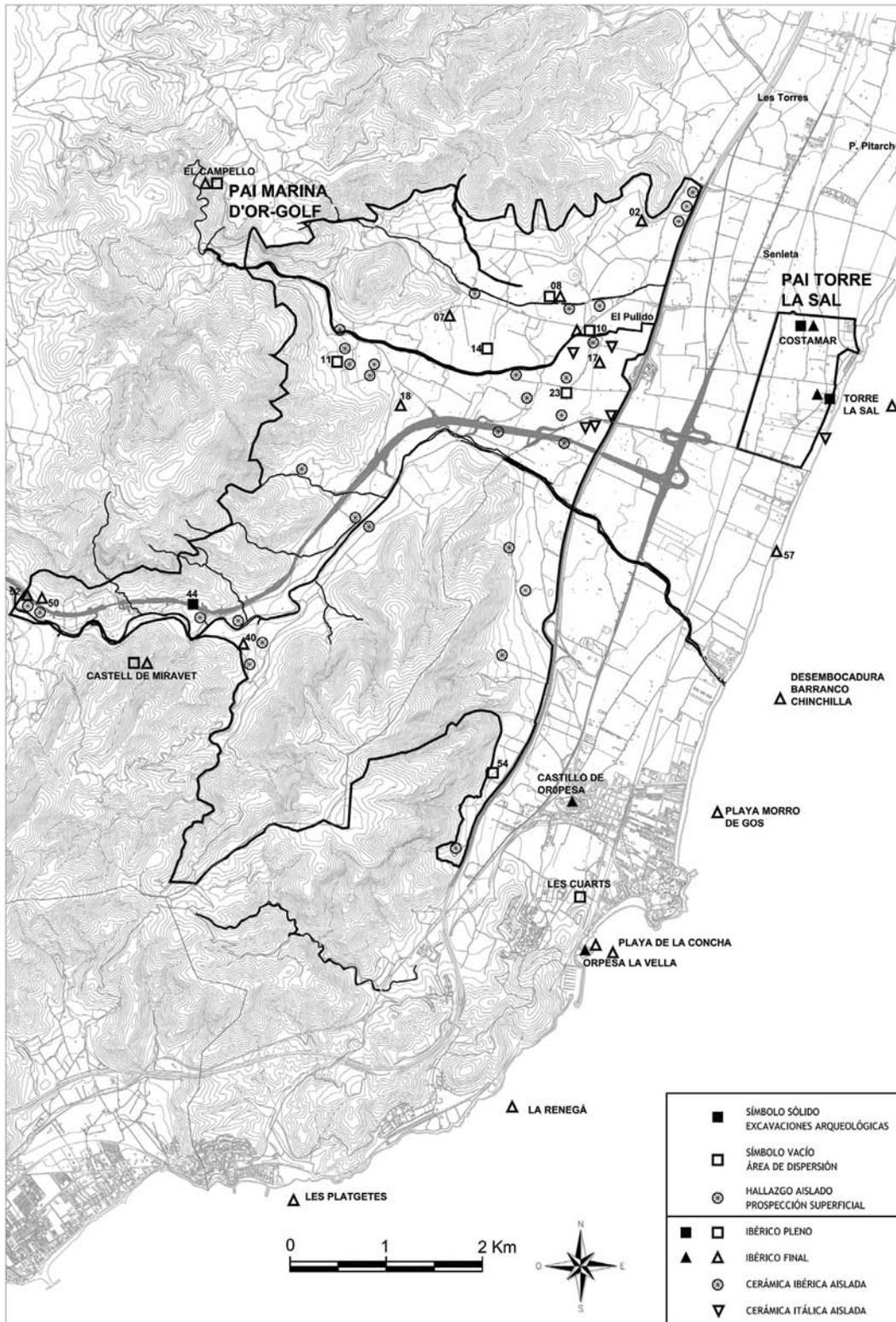


Figura 1.- Asentamientos y áreas de dispersión del ibérico pleno y final.

El reconocimiento de los yacimientos ocupados en este periodo es posible fundamentalmente a través de una serie de elementos de carácter mueble que se erigen en los principales indicadores del proceso de cambio cultural. Entre ellos destacan la vajilla de barniz negro, los contenedores anfóricos y las monedas, además de otros objetos poco frecuentes como algunos instrumentos quirúrgicos, recipientes de bronce y colgantes fálcos, cuyo valor es doble, tanto de carácter cultural como cronológico: si por un lado permiten fechar la ocupación de los yacimientos en el periodo ibero-romano, por otro indican la llegada a éstos del influjo cultural itálico. En este sentido, resulta sintomático que algunos de estos indicadores culturales se hayan encontrado en el núcleo principal del área estudiada, Torre la Sal: se trata de un pavimento de mortero y el asa de una jarrita de bronce del tipo "*Piatra Neamt*" (Fernández-Izquierdo, 2004-2005). Otro elemento de gran interés hallado en el asentamiento de El Brosseral es una estela funeraria sobre piedra caliza con una inscripción en caracteres ibéricos (Esteve, 1989; Untermann, 1990, 367-368, F.5.1), uno de los pocos casos en que con seguridad puede fecharse el contexto del hallazgo en el periodo ibero-romano. En el texto se identifica en primer lugar un antropónimo (*iltirbikis*), formado por un primer elemento de clara raíz ibérica, seguido de tres elementos y sufijos (*en+seltar+mi*). Más allá de su importancia como un monumento funerario de carácter singular, e incluso de la presencia de un texto escrito en alfabeto ibérico, esta estela puede verse como la expresión lingüística de la asimilación de las élites rurales. Esta son algunas de las muestras del cambio cultural que experimentará la sociedad ibérica en el largo proceso de asimilación de los modelos romanos conocido como romanización.

Sobre el tipo de asentamiento y la función de Torre la Sal, podemos recordar que en las comarcas septentrionales del País Valenciano, al norte del *oppidum* de Arse-Saguntum, el rasgo más señalado del poblamiento ibérico es la inexistencia de grandes asentamientos que puedan considerarse ciudades (Arasa, 2001). A diferencia de las comarcas centrales, donde se manifiesta un importante desarrollo del fenómeno urbano como expresión física de la aparición de estructuras políticas complejas de carácter estatal, encontramos aquí una diversidad de núcleos de tamaño mediano y pequeño que deja entrever la existencia de un poblamiento articulado en pequeñas unidades territoriales. Este hecho resulta más acusado al norte del río Mijares, límite geográfico convencionalmente aceptado entre edetanos e ilerconvones, que se extiende por toda la franja costera atribuida a esta segunda etnia hasta las comarcas meridionales de Cataluña. Al sur del mencionado río, el asentamiento más importante de todo el llano litoral de la Plana es el de la Punta (la Vall d'Uixó), con unas cuatro hectáreas de superficie (García-Fuertes, Moraño, Meliá, 1998), uno de los mayores *oppida* ibéricos de tierras castellanenses. En dirección norte, antes de llegar a la desembocadura de dicho río se encuentra la Torre d'Onda (Burriana), que hacia el segundo cuarto del siglo I aC y con tres hectáreas de superficie, es el más importante asentamiento ibérico de todo el territorio costero en esta época. Al norte del Mijares, en el llano litoral de la Ribera de Cabanes, el mayor asentamiento es posiblemente el de Torre la Sal (Ribera de Cabanes), con una superficie que puede llegar a las 10 hectáreas, una ubicación en llano y junto al mar y con un marcado carácter comercial que permiten considerarlo un pequeño emporio (Fernández-Izquierdo, 1986, 1987-88). Hacia el interior, El Tossal de la Balaguera (la Pobla Tornesa), al que se atribuye una superficie que varía entre 1,10 y 4,50/5 hectáreas (Allepuz, 2001), es el más importante *oppidum* ibérico del corredor central, con una prolongada ocupación que llega hasta bien entrado el siglo I aC.

La evolución de estos asentamientos en este periodo es bien diferente. El mayor de los dos *oppida* existente en la Plana, el de la Punta, parece sufrir una interrupción en su desarrollo en el tránsito del siglo III al II. El asentamiento y fondeadero de Torre la Sal, contrariamente, manifiesta un notable auge en el siglo II gracias a su papel comercial. El *oppidum* del Tossal de la Balaguera continúa ocupado y parece ejercer un papel destacado en el ámbito comarcal. Finalmente el asentamiento costero de la Torre d'Onda (Burriana), todavía poco conocido, parece desarrollarse en un momento avanzado del siglo I y estar ocupado durante poco tiempo. En conjunto, en el ámbito geográfico de las comarcas castellanenses, la principal característica del poblamiento ibero-romano parece ser la continuidad, con un poblamiento rural diseminado que se agrupa entorno a una red de *oppida* medianos y sobre todo pequeños, distribuidos por todo el territorio como puntos clave de control. Por otra parte, hasta hace pocos años se consideraba que en el territorio valenciano al norte de Arse-Saguntum no había existido ninguna ceca, pero en los últimos años se ha propuesto esta localización para la ceca *abaíltur*, en actividad durante el siglo II aC. Aunque todavía no hay indicios

suficientes para determinar su ubicación, entre los asentamientos más importantes ocupados en este siglo se encuentran precisamente los de Torre la Sal y el Tossal de la Balaguera.

En este contexto, el asentamiento de Torre la Sal constituye un caso particular, ya que su ubicación costera en una zona llana, y por tanto con escasas posibilidades defensivas, le aleja del modelo más frecuente de *oppidum* ibérico. El principal factor que explica su desarrollo en fechas tempranas, según puede deducirse de la presencia de algunos fragmentos de cerámicas fenicias y griegas, es sin duda el comercio. Este carácter de *emporion* o mercado activo desde al menos el siglo VI aC, se ve confirmado por el hallazgo de algunas monedas griegas de los siglos IV-III y reforzado después de la conquista romana con al auge del comercio itálico y la importación de vino y vajilla de mesa de esta procedencia. Es en este periodo, entre el siglo II y principios del I, cuando el asentamiento experimenta su máximo desarrollo urbanístico, y en consecuencia demográfico, y en el que pueden fecharse la mayor parte de sus materiales. A esta época deben corresponder los almacenes mencionados por la bibliografía y los reconocidos en las primeras intervenciones arqueológicas en el sector norte. Es ahora cuando puede fecharse el único caso conocido hasta ahora de utilización de técnicas y materiales constructivos romanos en el yacimiento, y también en las comarcas costeras castellanenses. Se trata de un pavimento de mortero hallado en la campaña de 1987 en la parcela situada al norte de la torre, concretamente en el sondeo A, localizado en la zona noroeste, que tenía unas medidas de 10 por 10 metros. Los muros que lo delimitaban formaban un pequeño recinto de 2 por 1,40 metros, con los ángulos redondeados en su cara interna. El pavimento presentaba una ligera inclinación hacia el centro, donde se encontraba una cubeta circular (unidad estratigráfica 20.002), y sobre él se encontraron algunos fragmentos de un ánfora del tipo Lamboglia 2 y una pátera de cerámica de barniz negro de pasta gris que pueden fecharse entre el último cuarto del siglo II y el primero del I. Sus características permiten relacionar esta instalación con tareas de elaboración de productos alimenticios que, por el carácter y emplazamiento del yacimiento, cabría suponer de origen piscícola.

El modelo representado por el asentamiento de Torre la Sal es único en el siglo II aC en todo el litoral castellanense. Sólo existe otro fondeadero con un periodo tan dilatado de actividad, que continuará activo a lo largo de toda la etapa imperial, el de Les Roques de la Barbada de Benicarló, pero en este caso parece tratarse de un modelo diferente, puesto que el tráfico comercial prolongado al menos desde el siglo VI aC no parece haber comportado la fijación de una población y el consiguiente desarrollo de un asentamiento en la misma línea de costa. De esta manera, el yacimiento submarino correspondería a un fondeadero y el lugar para el intercambio comercial se encontraría en la misma orilla. Ambos yacimientos juegan un papel fundamental en la actividad comercial que tiene lugar en la costa castellanense en los siglos II-I, y por tanto en la llegada de los contenedores vinarios y vajilla de mesa que encontramos en los asentamientos de esta zona. Avanzado el siglo I aC, encontramos de nuevo un asentamiento costero de parecidas características al de Torre la Sal, pero ahora en el llano litoral de la Plana, al sur del río Mijares: la Torre d'Onda, también de una superficie considerable, pero cuya actividad comercial no parece demasiado relevante. Con todo, ambos se cuentan entre los más extensos e importantes de toda la costa castellanense, y únicos en su categoría de asentamientos costeros.

Aunque nuestros conocimientos sobre el asentamiento de Torre la Sal son todavía muy escasos, de las excavaciones realizadas puede deducirse que el núcleo inicial parece estar situado en la parcela de la torre que le da nombre, entre el Camí de l'Atall y la playa, y que una parte indeterminable del mismo debe haber desaparecido bajo el mar. Como consecuencia del fuerte impulso que le proporcionó el comercio itálico en el siglo II aC, el antiguo emporio experimentó un considerable crecimiento en dirección norte, en la parcela contigua a la de la torre, y oeste, más allá del mencionado camino. Es en este sector donde se han encontrado los restos de los ejes viarios que convergen en el asentamiento. En el sector norte, las noticias de antiguos hallazgos y las excavaciones realizadas en las décadas de 1980-1990 parecen señalar que nos encontramos en un área de almacenes e instalaciones industriales. En el sector oeste se han encontrado restos de diversos edificios que rodean un espacio abierto y se alinean con un vial que se dirige hacia el suroeste, entre los cuales se ha documentado un granero elevado, tal vez del tipo del *granarium sublimatum* descrito por Varrón. Al lado norte del vial se distinguen varias viviendas que demuestran la presencia de un área residencial. Los depósitos fundacionales hallados aquí, formados por ánforas itálicas del tipo

Dressel 1C, confirman la datación avanzada de esta expansión urbana que habría que fechar entre el último cuarto del siglo II y principios del I. Hacia el noroeste, y alejada del resto del asentamiento, se ha encontrado parte de la necrópolis, en la que algunas tumbas contienen ajuares que también permiten datarlas en este periodo. Así pues, en el actual nivel de desarrollo de las investigaciones pueden esbozarse algunas líneas sobre su crecimiento urbanístico, los principales ejes de comunicación del asentamiento y sus diferentes áreas funcionales.

El estudio de los materiales arqueológicos conocidos en el yacimiento, sobre todo de las cerámicas de importación, permite fijar su periodo de auge entre la segunda mitad del siglo II y el primer cuarto del I. Las intervenciones que se han llevado a cabo en los últimos años con motivo del desarrollo del PAI homónimo, centradas en el sector oeste del asentamiento, no han permitido cambiar sustancialmente esta consideración. En cuanto a la datación del final del asentamiento, se situó inicialmente en las primeras décadas del siglo I aC a partir de la facies predominante entre las cerámicas de importación presentes en las zonas donde se habían practicado sondeos y también de los materiales anfóricos recuperados en los trabajos subacuáticos. Las producciones presentes en los trabajos realizados hasta la campaña de 1993 son, entre la cerámica de barniz negro, la campaniense A media y la B de Cales media, con algunos fragmentos que pueden atribuirse a la tardía (Pedroni, 2001), y entre las ánforas se encuentran los tipos Dressel 1A, 1B y 1C y Lamboglia 2 (Márquez, Molina, 2005). Sin embargo, las excavaciones realizadas en el sector oeste, correspondiente a la mencionada fase de expansión urbanística ligada al periodo de auge del asentamiento, podrían rebajar ligeramente esta datación, puesto que –sin haber llegado a realizar un estudio detallado de estos conjuntos– en los rellenos de amortización de estas estructuras resulta predominante la campaniense B sobre la A entre las cerámicas de barniz negro, además de una mayor variedad de contenedores anfóricos, como las púnicas Mañá C2, Tripolitana Antigua y la ebusitana PE-17 en el área púnica, las ánforas de Brindisi entre las itálicas y entre las hispánicas la bética Lomba do Canho 67 y las tarraconenses Laietana 1/Tarraconense 1 y Pascual 1. Esta facies cerámica se aproximaría más a la conocida en yacimientos cuyo final se sitúa hacia el 75 aC, como los turolenses del Cabezo de Alcalá (Azaila) (Beltrán, 1984) y la Caridad (Caminreal) (Vicente, Punter, Escriche *et alli*, 1991), Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984) y Valentia (Ribera, 1998).

Sobre las causas que provocan el final del asentamiento y la manera en que éste pudo producirse, tanto en las primeras excavaciones como en las recientemente realizadas, no se han encontrado evidencias de saqueo, destrucción o incendio que permitan plantear un final violento de su ocupación. Ni en los almacenes e instalaciones de carácter industrial parcialmente descubiertos en su sector septentrional, ni en los viales y edificios exhumados en el sector oeste hay pruebas de ello. Parece confirmarse, por tanto, que se trata de un proceso de abandono que debió tener lugar en las primeras décadas del siglo I aC. Las causas deben buscarse en razones de carácter comercial, como la pérdida de peso de los pequeños fondeaderos en relación con los puertos más importantes como Saguntum y Dertosa, o de índole natural como la salinización y la subida del nivel freático señaladas en este mismo volumen, sin que por el momento dispongamos de suficientes elementos como para precisar más. Los acontecimientos bélicos que tienen lugar en la franja litoral valenciana en el contexto de la guerra civil de los años 76-72 aC pudieron suponer un impulso al proceso de abandono, pero no parecen ser su principal causa.

El esquema viario básico que puede restituirse en esta zona a partir de la topografía, de la distribución de yacimientos, de los restos de caminos hallados en las excavaciones y de la red viaria actual, está constituido por dos ejes fundamentales: uno norte-sur y otro este-oeste. La existencia del primero viene condicionada por la llanura litoral, que configura un corredor sin dificultades orográficas importantes que ha sido utilizado históricamente como camino principal en el período andalusí y desde el siglo XVIII hasta nuestros días. En la actualidad, la traza que sigue en uso con esta dirección es el Camí de l'Atall, que atraviesa el asentamiento de Torre la Sal. Las excavaciones en el área periurbana del yacimiento han permitido descubrir un tramo de su prolongación en dirección noreste; desde la zona central del mismo, otro vial se dirige hacia el sur-suroeste, tal vez como continuación del anterior en esta dirección. La presencia de estos caminos construidos, cuya datación puede asociarse al periodo de auge del asentamiento, resulta de gran interés y permite demostrar la existencia de una infraestructura viaria en época ibero-romana con la finalidad de garantizar las comunicaciones en dirección norte-sur y la distribución de las mercancías importadas en el área

de influencia comercial del fondeadero. Hacia el oeste, el camino antiguo no ha sido reconocido físicamente, pero su importancia histórica queda demostrada por la perduración del eje formado por el Camí de la Fusta, que desde la Ribera atraviesa el cordón montañoso y se constituye como un eje transversal que permite la comunicación con el corredor central y las áreas montañosas del interior. Este eje queda señalado por la presencia de varios asentamientos como El Brosseral, El Pla de Climent y El Campello que se alinean con Torre la Sal en dirección oeste, y ya en el corredor central, el pequeño *oppidum* del Tossal de Gaidó (Cabanès). Hacia el suroeste, la presencia de la atalaya del castillo de Miravet parece jalonar otro camino que remontaría el barranco del mismo nombre hasta acceder al Pla de les Foies, ya en el corredor central, cuyo acceso se encuentra flanqueado por los yacimientos de La Costa y el Mas de la Costa (Cabanès).

Por su importancia y ubicación en la costa, el asentamiento de Torre la Sal ha sido identificado en repetidas ocasiones con alguna de las localidades mencionadas por las fuentes. La propuesta más razonable parece la de su identificación con la localidad de Onussa (Esteve, 2001; Arasa, 2001) mencionada por Tito Livio en el curso de las operaciones bélicas que tienen lugar al inicio de la Segunda Guerra Púnica en el tramo de la costa comprendido entre el río Hiber y Saguntum. Se trata de dos controvertidos pasajes, de los que el primero menciona el paso del ejército de Aníbal por esta localidad en el trayecto entre Carthago Nova y el río Hiber en el año 218 aC, y el segundo hace referencia al saqueo de esta población por la flota romana en el año 217 (Livio XXII, 20, 4). El radical *on-* existe en ibérico y podría tratarse de un topónimo indígena helenizado por las fuentes griegas con el sufijo *-oussa*. Algunos autores como Schulten han propuesto su reducción a la población de Peñíscola, en la actualidad un tómbolo donde se han encontrado restos de ocupación antigua, que precisamente por su morfología se identifica mayoritariamente con otra localidad de nombre griego mencionada por Festo Avieno y Estrabón: Querrónesos (Arasa, 2000). Aunque las referencias sobre su ubicación son demasiado genéricas, el hallazgo de cerámicas y monedas griegas en Torre la Sal, sin llegar a ser un argumento definitivo, sí que es un dato favorable para su reducción a este yacimiento.